



EL CAPITALISMO, LA DISOLUCIÓN DE LO SOCIAL Y LA “ANTIPOLÍTICA”

CAPITALISM, DISSOLUTION OF THE SOCIAL AND "ANTIPOLITICS"

Atilio A. Boron

Departamento de Humanidades y Artes, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires
Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales
Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini



Atilio Borón es un reconocido intelectual, politólogo y sociólogo argentino, doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Harvard. Desde 1986 es profesor regular titular de Teoría Política y Social, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es Investigador principal del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y fue secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En 2009, recibió el Premio Internacional José Martí, de la UNESCO (Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).



Resumen || El presente artículo recupera una presentación realizada en el Seminario “Capitalismo sin Sociedad”, dictado en Fondazione Feltrinelli, Milano, el 29 de noviembre de 2018. El escrito se aboca reflexionar acerca de la despolitización que induce el capitalismo a través de sus aparatos ideológicos en el contexto mundial actual. Al amparo de esta encrucijada, el autor propone una mirada crítica para librar una firme contraofensiva en el terreno de las ideas y la cultura: ello es, repolitizar la vida social y demostrar la falacia de las soluciones procedentes de la “antipolítica”.

Palabras clave || capitalismo – antipolítica – sociedad – neoliberalismo – movimientos de derecha

Abstract || The present article recovers a presentation made in the Seminar "Capitalismo sin Sociedad", given at Fondazione Feltrinelli, Milano, on November 29, 2018. The paper focuses on reflecting on the depoliticization that capitalism induces through its ideological apparatuses in the current global context. Under this crossroads, the author proposes a critical look to wage a firm counteroffensive in the field of ideas and culture: that is, repoliticize social life and demonstrate the fallacy of the solutions coming from the "anti-politics".

Keywords || capitalism – anti-politics – society – neoliberalism – right movements



I

La respuesta que Margaret Thatcher brindara ante una pregunta que le hiciera una periodista del *Woman's Own* en otoño de 1987 nos da pie para comenzar esta ponencia. Interrogada sobre el impacto que sus duras políticas de restructuración neoliberal tendrían sobre la sociedad la Premier británica ofreció una respuesta extraordinaria por su contundencia y radicalidad. “La sociedad no existe” – dijo desafiante ante el asombro de la periodista- “Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias. Y ningún gobierno puede hacer nada excepto a través de su gente, y la gente tiene que preocuparse primero que nada de sí misma.”

Al responder de esta manera Thatcher develó el secreto que muy pocos teóricos y gobernantes conservadores o neoliberales están dispuestos a revelar: la reafirmación de una concepción atomística de la sociedad que, en la práctica de un gobierno, equivale a decretar su propia disolución. Sería la concreción histórica de un contractualismo radical concebido en clave hiper-individualista y egoísta cuyo desenlace no puede ser otro que el desvanecimiento de la sociedad, reducida a la sumatoria de un infinito número de átomos individuales. O, en otras palabras, la emergencia de una colección de individuos ahistóricos sólo relacionados por el intercambio mercantil. La idea misma de un “bien público” o una “felicidad colectiva”, presente todavía en los utilitaristas ingleses del siglo diecinueve, es reemplazada por una concepción en la cual la misión de todo gobierno es diseñar políticas que faciliten la prosecución de intereses individuales. La sociedad se convierte en una nebulosa entelequia que sólo adquiere cierta realidad en algunos de esos momentos de vida “intensamente colectivos”, como lo anotara Antonio Gramsci. Sólo que éste se refería a coyunturas críticas, prerrevolucionarias, mientras que en el capitalismo contemporáneo esa vivencia de lo colectivo, de lo primordial y tribal como diría Vargas Llosa, se reduce a ciertos acontecimientos pero siempre acotados en el tiempo como alguna festividad patriótica, algún gran evento deportivo o cualquier otro, susceptible de convertirse en un espectáculo.⁵⁸ O, ¿por qué no? a su efímera irrupción ante

⁵⁸ Cf. Mario Vargas Llosa, *La Llamada de la tribu* (Madrid: Alfaguara, 2018). Para una crítica de la obra política del novelista peruano ver mi *El Hechicero de la Tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en Latinoamérica*. (Madrid-Buenos Aires: AKAL, 2019)

una catástrofe o un atentado terrorista. Pero una vez cerrado este breve paréntesis, la vida en el capitalismo contemporáneo se desenvuelve en medio de una selva en donde las y los individuos pugnan por sobrevivir a las implacables presiones de los mercados. Tal como una vez le dijera el presidente Bill Clinton a una delegación de mujeres que trabajaban en una industria textil en bancarrota y que en una de sus giras le solicitaron la ayuda de su gobierno: “Quiero ayudarlas. Desearía poder ayudarlas. De verdad. Pero no puedo. Ustedes deben ayudarse a sí mismas” [*I want to help you, I wish I could help you, I really do. But I can't. So, you are on your own*]. El gobierno se vuelve impotente ante la disolución de la vida social y esta tiene que defenderse sola. Defenderse de la voracidad de los mercados.

II

Es que la idea de la sociedad siempre resultó sospechosa para los teóricos del neoliberalismo. La rigurosa formulación radical de este talante en los años de la segunda posguerra fue obra de Friedrich von Hayek. Para éste, la sociedad es una extensión de los individuos y son sus acciones e interacciones las que la constituyen. Por lo tanto, aquella no existe independientemente de estos. De ahí que defina a la sociedad como “una multitud de hombres cuando sus actividades están mutuamente ajustadas entre sí (...) La sociedad no existe independientemente de los individuos y es el nombre del conjunto de sus interacciones. (...) Los hombres en una sociedad pueden perseguir exitosamente sus metas porque saben qué esperar de sus pares.”⁵⁹ El remate de este razonamiento es que “la sociedad no sería un sujeto colectivo político ni ético; no podría ser interpelada y no se le podría atribuir responsabilidad ni deber alguno.” Por consiguiente, la sola exigencia de reclamar del gobierno políticas que favorezcan la “justicia social” merece de parte de Hayek las peores vituperaciones porque “el éxito de los individuos en las sociedades depende de su superioridad adaptativa innata” (1978:190).

⁵⁹ “Saben, en realidad, porque conocen las exigencias de las leyes del mercado y la indefensión estructural de la mayoría que no posee los medios de producción los lleva a aceptar sin chistar las consecuencias que de aquellas se derivan” (Hayek, 2002:1)



Fue precisamente el abandono de estas concepciones las que en Occidente terminaron por convalidar el poder “excesivo y nefasto” de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero. Esta deriva colectivista del capitalismo a partir de la Gran Guerra terminó por socavar las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado acrecentase cada vez más los gastos sociales. De ahí la execración que los neoliberales efectúan de los sujetos colectivos y las estrategias colectivas en pos de una inalcanzable “justicia social” que para Hayek es un “funesto espejismo”. Y eso es así porque las acciones e iniciativas tomadas por una miríada de agentes los cuales no sólo no se conocen entre sí, sino que, además, en esa multitud “nadie tiene la responsabilidad ni el poder para asegurar que las acciones aisladas de una enorme masa de individuos producirán un resultado particular para una cierta persona.” (1976:33) Dadas estas condiciones no sorprende corroborar la “impaciencia” de Hayek con quienes utilizan irresponsablemente la expresión “justicia social”, porque tal cosa no es sino una fórmula vacía, un verdadero *nonsense*, una “insinuación deshonesto”, un término “intelectualmente desprestigiado” o “la marca de la demagogia o de un periodismo barato que pensadores responsables deberían avergonzarse de utilizar”. Para nuestro autor la lamentable persistencia de esta demagógica consigna sólo puede ser producto de la deshonestidad intelectual de quienes se benefician de la confusión política por ella generada (Hayek, 1978:96-100)

III

En el mundo hispano parlante las ideas de Hayek encontraron un apóstol privilegiado en la obra de Mario Vargas Llosa. En diversos ensayos y notas de opinión que este autor ha venido escribiendo desde los años noventa ha divulgado el pensamiento del filósofo y economista austríaco con un empeño notable y una extraordinaria eficacia propagandística. Nadie, absolutamente nadie, en el mundo académico ha hecho más que Vargas Llosa para difundir el credo hiperindividualista de Hayek y sus colegas de la Sociedad de Mont Pelerin. Su más reciente libro y al cual aludíeramos más arriba, *La llamada de la tribu*, es un

tremendo alegato en contra de los gobiernos “populistas” que, según el novelista peruano, arrasaron América Latina con sus políticas inexorablemente condenadas al fracaso por exigir del gobierno algo que, en línea con Hayek, es tan absurdo como contraproducente. La justicia social significa atribuirle a un gobierno la responsabilidad de un resultado (o la culpabilidad por una desafortunada situación) que jamás podría producir. Tal como lo asegura su maestro vienés, reclamarle a un gobierno por lo injusto de la situación que atraviesa un individuo o una familia es tan ridículo como quejarse ante la naturaleza por los efectos destructivos de un terremoto o una inundación.

Hay en esta concepción radical del neoliberalismo una doble negación. Primero, de la sociedad como una colectividad humana con identidad propia, con una historia y con origen y destino comunes. Italia, Francia, Estados Unidos son mercados, no naciones. Lo mismo cabe decir de Argentina, Brasil o México. Segunda negación: de la evidencia histórica que demuestra que la justicia social no es el resultado espontáneo de una sociedad de clases sino el producto de un buen gobierno, tal como lo plantearon hace ya dos mil quinientos años Platón y Aristóteles. Esta doble negación ha sido una de las más resonantes victorias ideológicas del neoliberalismo a partir de la década de los noventa y sus secuelas políticas –que llegan hasta el día de hoy- han sido devastadoras.

Esto a pesar de que el neoliberalismo fracasó en la realización de las tres grandes promesas divulgadas *ad nauseam* por sus propagandistas durante la década de los noventa: crecimiento económico, redistribución de ingresos mediante la alquimia de la “teoría del derrame” y fortalecimiento de la democracia. No obstante, logró un éxito notable en el crucial terreno de las ideas, imponiendo un sentido común epocal que con la ayuda de los grandes oligopolios comunicacionales penetró profundamente en el “candoroso suelo popular”, para usar una expresión del joven Marx. Más concretamente, se convirtió en sentido común la idea de que el capitalismo no tiene alternativas, que el individualismo es la única ruta hacia el bienestar, y que todo lo que apele a lo colectivo: un sindicato, un partido, un movimiento social, una política universal, lo único que hace es aplastar el genio creativo de las personas y las precipita a cada una de ellas y a la sociedad hacia un seguro fracaso.



La eficacia de esa propaganda ejerció, como no podía ser de otra manera, un fuerte influjo sobre la vida política de los países del área cuya involución neocolonial de los últimos años es insoslayable en la mayoría de los casos. La idea de que la sociedad es apenas el conjunto de las interacciones de los individuos reguladas y pautadas por las reglas “espontáneas” o “naturales” del mercado, dio como resultado el vigoroso surgimiento, por primera vez en la historia latinoamericana, de un exacerbado individualismo, anverso de una falsa moneda cuyo reverso era el visceral rechazo y el previo descrédito de cualquier sujeto colectivo. Los sindicatos y los partidos políticos fueron las principales víctimas de este nuevo *ethos* que, hábilmente estimulado desde las usinas ideológicas establecidas en Estados Unidos y sus repetidoras locales, contribuyó decisivamente al desprestigio de ambos ante los ojos de la opinión pública latinoamericana.

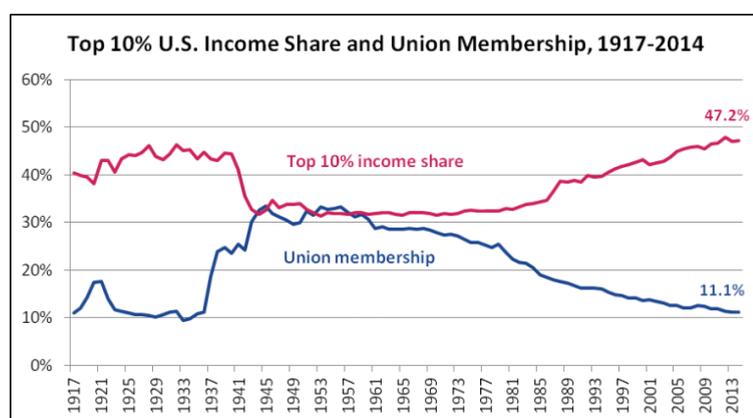
Dado lo anterior no sorprende comprobar que la redención de las masas vía acción sindical o ejercicio democrático fue progresivamente abandonada. No del todo y con desigual intensidad en los diversos países, pero como tendencia general se impuso en todas partes. Las propuestas de los gobiernos conservadores con mayor densidad ideológica, como los de Chile y, más recientemente, el Brasil de Michel Temer y ahora de Jair Bolsonaro y la Argentina de Mauricio Macri no por casualidad lanzaron una fuerte ofensiva en contra del movimiento obrero organizado. En Chile se dismanteló, con singular ferocidad, el núcleo fundamental de una legislación laboral pacientemente construida entre 1925 – fecha de instauración de la Constitución de Arturo Alessandri Palma- y el 11 de septiembre de 1973, día en que se puso violento fin a la experiencia de socialismo democrático liderada por Salvador Allende. El poderío sindical que supo ejercer en ese período fue reducido hasta su mínima expresión durante el régimen militar y los gobiernos neoliberales que le sucedieron. En Brasil estos avances fueron siempre más modestos, pero aun así no dejaron de ser atacados con saña una vez depuesta la presidenta Dilma Rousseff. Michel Temer liquidó o modificó en un sentido regresivo más de cien artículos que establecían los derechos que gozaban los trabajadores desde la legislación de 1943. Con la reforma la negociación pasa de los sindicatos por rama a las empresas y es en este marco donde una débil representación obrera deberá

negociar salarios, horarios y condiciones de trabajo. Y, sobre todo, queda abolida la obligatoriedad de la cuota de afiliación sindical, columna vertebral del poderío sindical en las pasadas décadas. Hoy día el movimiento obrero brasileño se encuentra no sólo desmovilizado y desorganizado sino también profundamente desfinanciado. En la Argentina el gobierno de Mauricio Macri alienta las mismas esperanzas, pero en este país el vigor del sindicalismo ha demostrado ser mayor que en Brasil o Chile, y los planes del oficialismo hasta ahora el menos no han prosperado. Pero sus intenciones son claras y evidentes.

La destrucción del sujeto colectivo vino acompañada, sobre todo en Argentina y Chile, por la aparición de una nueva ideología: el “empresarismo”. Los trabajadores desempleados y los que nunca accedieron a un trabajo estable, formal, registrado, con seguridad social están, como las obreras de Clinton, “*on their own*” y poco o nada pueden esperar del gobierno. Por lo tanto, se los insta a aguzar su ingenio, juntar algo de dinero y comprarse un automóvil y trabajar para UBER o elaborar y vender cerveza artesanal en sus casas. Cualquiera que sea el resultado de este altamente improbable camino de salida de la pobreza lo cierto es que disgregación del sujeto colectivo en poco o nada puede resolver el problema estructural, y creciente, de la injusticia en el capitalismo actual. Por otra parte, no puede olvidarse que en los años noventa hubo toda una teorización, y un programa de gobierno, que giraba en torno a los mismos principios. El sociólogo peruano Hernando de Soto propuso en *El Otro Sendero* una estrategia similar al “empresarismo” de nuestros días y sus resultados, sobre todo en Perú, fueron desastrosos. En suma, el desvanecimiento o radical debilitamiento del sujeto colectivo así como el abandono de las estrategias de acción colectiva: huelgas, acuerdos salariales, frentes electorales, etcétera, han sido responsables tanto en la periferia del sistema capitalista como en su metrópolis de una fenomenal concentración de la riqueza y los ingresos, a escala nunca vista en la historia universal. El informe de Oxfam ante los jefes del capitalismo mundial reunido en Davos y que muestra que el 1 por ciento más rico de la población mundial retiene tanta riqueza como el 99 por ciento restante es de una elocuencia inapelable. La vinculación entre este debilitamiento de las estrategias de acción colectiva y el



empobrecimiento de la mayoría de la población queda adecuadamente reflejado en este gráfico que muestra, a lo largo de casi un siglo, la correlación inversa entre tasa de afiliación sindical en Estados Unidos y concentración de la riqueza en el 10 por ciento más rico de la población.



Fuente: EconomicPolicyInstitute. Publicado en *Real-World Economics Review*
Blog <https://rwer.wordpress.com/2018/03/03/u-s-union-membership-and-top-10-income-share-1917-2014/>

IV

Dicho lo anterior es posible ahora replantearnos la cuestión expresada en el título de esta ponencia. Efectivamente, el capitalismo contemporáneo no precisa de una sociedad más que para reproducir la fuerza de trabajo necesaria para la ininterrumpida ampliación del proceso de acumulación. Fuera de ello todo lo demás es un obstáculo, o molestos impedimentos. La completa atomización y apatía política de la sociedad es altamente conveniente para la serena marcha de sus negocios; lo mismo ocurre con la creciente homogeneización de la vida social: en todo el mundo una misma comida (la “junkfood” o “fastfood” estadounidense), una misma indumentaria, una misma música, un mismo estilo de vida, unos mismos valores hedonistas, consumistas, individualistas. Todo esto termina facilitando el funcionamiento de los dispositivos de la explotación y la dominación a escala planetaria. La masiva, por primera vez mundial, subsunción del trabajo al capital y la facilidad del desplazamiento de éste por los cuatro rincones del globo se facilita enormemente cuando en vez de sociedades con historias, estructuras, tradiciones, identidades y legislaciones propias se encuentra apenas con una masa indiferenciada de vendedores de fuerza de

trabajo y consumidores de los bienes y servicios que producen sus gigantescas corporaciones.

Una de las consecuencias de este proceso ha sido el florecimiento de las identidades y, en paralelo, el desvanecimiento de los mecanismos de explotación que afectan al colectivo social, si bien de manera distinta según las diferentes clases y grupos sociales que lo componen. Este tema fue felizmente analizado por Ellen Meiksins Wood en varios de sus escritos, principalmente en su gran obra de síntesis: *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico* (2000). En ella la autora examina distintos aspectos de lo que llama “la política de la identidad”, que al exaltar la singularidad de las diferencias y la necesidad de su tolerancia y respeto, involuntariamente -¿o no, cuestión abierta a debate?- desaparece del horizonte de visibilidad la diferencia fundamental que estructura a la sociedad capitalista: aquella que opone a propietarios de los medios de producción contra quienes sólo tienen como recurso para sobrevivir la venta de su fuerza de trabajo (Meiksins Wood, 2000). Es debido a esto que no es una exageración la que comete Daniel Bernabé cuando titula un libro dedicado a este tema como *La Trampa de la Diversidad* (2018). Remitiendo no por casualidad a ciertos enunciados de Margaret Thatcher Bernabé asegura que la ex Primera Ministra británica supo instrumentar una parábola semántica mediante la cual no por obra del azar la palabra inglesa “unequal” adquiere como connotación más significativa y corriente lo “diferente” en lugar de lo “desigual”. Al fin y al cabo, en el discurso neoconservador del cual ella fue una de las más importantes exponentes prácticas esta operación no podía tener otro fin que el de, precisamente, ocultar la desigualdad inerradicable del sistema capitalista y sugerir que aquella era apenas una diferencia más, lo que precisamente criticaba con razón Meiksins Wood más arriba. En un discurso pronunciado ante la Conferencia del Partido Conservador dijo que “Todos somos diferentes. Nadie, gracias a Dios, es como cualquier otra persona, por mucho que los socialistas pretendan lo contrario. Creemos que todos tienen derecho a ser diferentes, pero para nosotros cada ser humano es igualmente importante.” (Cfr. Bernabé, 2018:68-69)⁶⁰

⁶⁰ Sobre este tema es imprescindible referir al lector al estupendo libro de Ricardo Romero Laullón (Nega) y Arantxa Tirado Sánchez: *La clase*



La contracara de esta fragmentación o refundición, y brutal negación de la sociedad, es la despolitización que induce el capitalismo a través de sus aparatos ideológicos. Nada más propicio para asegurar la “normalidad” de la acumulación capitalista que la existencia de una enorme masa popular atomizada, desorganizada, desinformada y despolitizada, preocupada tan sólo por asegurar su sustento renunciando a cualquier estrategia colectiva por concebirla como imposible o inconveniente dada la vertiginosa parafernalia de contradictorias identidades y confiando ciegamente la eficacia de sus propios esfuerzos. Supuestamente la disciplina, austeridad y contracción al trabajo de sus individuos los harían merecedores del largamente anhelado ascenso social. No por casualidad la indiferencia y la apatía políticas fueron exaltadas por los teóricos de la Comisión Trilateral, especialmente por Samuel P. Huntington, como importantes aportes a la estabilidad de las “democracias” –en realidad plutocracias ocultas tras un inconsecuente aparato electoral lastrado por tasas crecientes de abstencionismo- como síntomas de la salud de ese régimen político. La fatal combinación entre la deserción de los individuos de sus encuadramientos colectivos (partidos, sindicatos, movimientos sociales de diverso tipo) y el aluvión de “posverdades” (y “plusmentiras”) de una prensa que hace tiempo dejó de hacer periodismo para convertirse en eficaz instrumento de propaganda a favor del capital ha dejado a la población indefensa. En un ambiente social de estas características el famoso “*killing instinct*” de los empresarios, tan celebrado en las Escuelas de Negocios de Estados Unidos y sus satélites de ultramar encuentra un terreno propicio para su labor predatoria. Instinto que no sólo ha servido para empobrecer a las grandes mayorías populares y precarizar sus condiciones de existencia tanto en el mundo desarrollado como en la periferia del sistema sino que también ha sido un factor decisivo en la imparable degradación de los sistemas democráticos, cada vez más convertidos en corroídas fachadas cuyas formalidades no alcanzan a ocultar que detrás de ellas ha emergido una plutocracia que cada día gobierna más abiertamente y en flagrante contradicción con el ideal democrático.

Esta doble involución: de una sociedad que se desintegra en sus átomos individuales y de una democracia

obrero no va al paraíso. Crónica de una desaparición forzada. Madrid: AKAL, 2016.

que se desliza por el tobogán que culmina en la plutocracia no ha ocurrido sin tropezar con resistencias plebeyas. En algunos países de Latinoamérica éstas han sido vigorosas y en la primera década de este siglo dieron origen a numerosos gobiernos de izquierda o progresistas que pudieron contrarrestar, al menos parcialmente, las aristas más letales de la contrarrevolución neoliberal. En otros la resistencia fue menor, pero aún así existió. Y todo lleva a pensar que con el agravamiento de la crisis general del capitalismo –estallada en el 2008 y que once años más tarde todavía arroja sus sombras sobre la economía mundial- será apenas una cuestión de (corto) tiempo el resurgimiento de la protesta social y la resistencia ante el holocausto social perpetrado por el capitalismo. En este sentido la persistencia y, por momentos, extensión de las protestas de los “chalecos amarillos” es una comprobación de lo que venimos diciendo.⁶¹ Las reacciones cada vez más virulentas con que se enfrentan las reuniones del G-7 o del G-20 son muestras inequívocas de que pese a su desorganización y escaso nivel de articulación internacional la protesta anticapitalista está en alza, tal vez como hacía mucho tiempo no existía.

Pero para que estas resistencias sean coronadas con el éxito será necesario librar una firme contraofensiva en el terreno de las ideas y la cultura. Habrá que repolitizar la vida social y demostrar la falacia de las soluciones procedentes de la “antipolítica” o de quienes dicen proceder del exterior del mundo de la política, como Donald Trump en Estados Unidos, Mauricio Macri en Argentina, Sebastian Piñera en Chile o Jair Bolsonaro en Brasil. Casos en los que el capital pasa a gobernar por su cuenta prescindiendo de sus molestos, y a menudo ineptos, representantes políticos cuya mediación resulta cada vez más innecesaria. Repolitización que significa ni más ni menos la actualidad de aquella vieja fórmula leninista que definía a la política como “la expresión más concentrada de la economía”. Por lo tanto, quien abandona la política deja el terreno en manos de su enemigo de clase. La “antipolítica”, es decir, una nueva y más perversa forma de “hacer política”, oculta el hecho de que las masas que no tendrán salvación

⁶¹ Sin negar la enorme heterogeneidad de este movimiento es digno de destacarse la radicalización anticapitalista que se ha venido produciendo en sus más recientes manifestaciones sabatinas, reclamando la reposición del impuesto a la riqueza y una serie de medidas de signo claramente antagónico a la lógica del capital.



posible al margen de una estrategia colectiva –es decir, política- de resistencia al capitalismo y al imperialismo. Estrategia de lucha que, vale recordarlo, hizo posible que durante los años de oro del “*welfare state*” keynesiano en algunos países del mundo desarrollado los sectores populares hubiesen experimentado una notable mejoría y una formidable ampliación de sus derechos sociales, seriamente recortados en los últimos años.⁶²

Dado lo anterior parece oportuno finalizar esta breve nota con una alusión a un texto de Antonio Gramsci –“Odio a los indiferentes”- en el cual el fundador del PCI manifestaba su desprecio por quienes como Poncio Pilatos se lavan las manos y miran hacia otro lado en medio de la tragedia del mundo contemporáneo; odio a los apáticos y los que hacen un culto de la despolitización y predicán el repliegue de las masas sobre sus intereses egoístas. “Odio a los indiferentes” –decía Gramsci- “porque creo que vivir es tomar partido. Quien verdaderamente vive no puede dejar de ser ciudadano ni de tomar posición. La indiferencia es abulia, es parasitismo, es cobardía, no es vida. Por eso, odio a los indiferentes. La indiferencia es el peso muerto de la historia.” Los aparatos ideológicos del Estado, y sobre todo la prensa concentrada que ha hecho de la mentira su rasgo más distintivo, elogian sin cesar la indiferencia, el escapismo, el repliegue individualista que condena a las grandes mayorías nacionales a una terrible derrota. Estas alabanzas no son otra cosa que la administración edulcorada de la medicina abstencionista que necesitan los capitalistas para dominar sin sobresaltos. En cierta forma lo había expresado George Soros, en vísperas de la primera elección de Luiz Inacio “Lula” da Silva en Brasil, en el 2002 cuando advirtió a los brasileños que no se excitaran demasiado en vistas a las próximas elecciones presidenciales de ese país porque “en el capitalismo global moderno sólo votan los estadounidenses, los brasileños no votan.”⁶³ Y en otra ocasión Soros fue más lejos al decir que

⁶² Una crítica síntesis de los planteamientos de los teóricos de la antipolítica se encuentra en el reciente libro de Silvina María Romano e Ibán Díaz Parra: *Antipolíticas. Neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomismo en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2018). A ella remitimos a los interesados en los efectos de la “antipolítica” en los procesos políticos latinoamericanos.

⁶³ Cfr. el artículo “Soros dijo que si Lula es elegido presidente, Brasil será un caos”, en *La Nación*, edición digital, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/403800-soros-dijo-que-si-lula-es-elegido-presidente-brasil-sera-un-caos>

“los mercados votan todos los días y obligan a los gobiernos a adoptar medidas impopulares, desde luego, pero indispensables. Son los mercados los que poseen el sentido del estado” (en Ramonet, 1997). La fórmula es bien clara: “antipolítica + antipartidos = gobierno de los mercados”. Contra eso debemos luchar.

La postura de Gramsci reconoce el influjo nada menos que del Dante cuando en *La Divina Comedia* sentenció que el círculo más horrendo del infierno lo había reservado Dios para quienes en tiempos de crisis moral habían optado por la neutralidad. Pocas expresiones del gran florentino son más apropiadas que éstas para describir la condena que merecen el talante neutro y prescindente de las masas adormecidas por el fetichismo consumista y también el de amplios estratos dentro de los intelectuales y los políticos ganados por esa prédica disolvente, conformista y desmovilizadora que abogan por una neutralidad que condena a la sociedad a una progresiva barbarización de sus condiciones de existencia. Todo esfuerzo que se haga para evitar tan terrible desenlace será poco porque, como lo recordara Fidel en más de una ocasión, no sólo es el capitalismo el que está en cuestión sino la propia humanidad la que está en peligro. La consigna aquella de Rosa Luxemburgo, de cuyo vil asesinato se acaban de cumplir cien años, es hoy más válida que nunca: “Socialismo o barbarie”. Por ahora el mundo se está inclinando hacia la barbarie, y no debemos escatimar esfuerzos para detener esa marcha hacia el abismo.

Referencias bibliográficas

- BERNABÉ, Gabriel (2018). *La Trampa de la Diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Madrid: Akal.
- DE SOTO, Hernando (1987). *El Otro Sendero*. México: Editorial Diana.
- HAYEK, Friedrich von (1976). “The Mirage of Social Justice”. En: *Law, legislation and liberty*, Vol. 2, p. 33.
- HAYEK, Friedrich von (1978). “El atavismo de la justicia social”. En *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Nro. 38, 181-193.
- HAYEK, Friedrich von. (2002). “Clases de orden en la sociedad”. En: *Revista Libertas*, Nro. 36, pp. 1-8.
- MEIKSINS WOOD, Ellen (2000). *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.
- RAMONET, Ignacio (1997). “Los nuevos dueños del mundo”. En: Servicios Koinoia de la agenda latinoamericana. Edición digital, disponible en: <http://www.servicioskoinoia.org/agenda/archivo/obra.php?ncodigo=509> [Recuperado el 2/5/2019]

Recepción: 18/04/2019

Aceptación: 28/05/2019